

llevar a suma de 400.000 con-
 practican en el partido de San que es
 destinadas a escuelas públicas.

Tiene lugar en la Iglesia Metropo-
 litana el funeral del Dr. Vélez Sarsa.

He aquí la estadística del trabajo
 de tranvía de la compañía «Ciudad de
 Buenos Aires» en el mes próximo pa-
 do:

Número de viajes	22.400
Número de pasajeros	597.418
Millas recorridas	713.292

El personal empleado en ese servi-
 cio ha sido de cien individuos.

Parte hoy con destino a Entre Ríos
 Dr. Leguizamón.

En la calle de Callao, esquina Can-
 delo, se ha formado un gran panta-
 a consecuencia del mal estado del
 pedrado que hace concentrar en esa
 zona las aguas de lluvia.

La Comisión de Salubridad ha hecho
 un estudio de infección, ante la
 municipalidad.

Allegó la señora Doña Elvira Eli-
 de de Landívar.

fiscal que nombró Arredondo pa-
 ra juzgar a Sarmiento, por el delito
 de haber vencido rebeliones, cuando se
 encontraba en la Presidencia de la Repú-
 blica. La sentencia que terminará hoy la pu-
 nición de las piezas del proceso.

Alcázar ha sido teatro de nume-
 rosos escándalos en la noche del vier-
 nes pasado. Tenía lugar, una función
 en beneficio de los presos políticos.
 Muchos de los más exaltados, co-
 raron a dar vivas al general Mi-
 guel. Concluyó el Himno Nacional. En-
 tonces gritos se deslizaron: «Viva
 el gobierno», lo que fué suficiente para que
 se convirtiera en un campo de
 batalla. La intervención de algu-
 nos señores sensatas, dió fin a la con-

De «Tribuna», colección del Club del Progreso.



De GOMEZ DE LA SERNA
VISIONES DE CASTILLA

EL DEUDOR
 Don Eustaquio vivía en el comedor
 de su casa, sin salir a la calle hacía
 quince años.
 Ya era viejo y tenía facha de gene-
 ral pequeño, uno de esos generales
 pequeños que para ser imponentes se
 dejaban una larga perilla.
 Los cristales de su casa parecían
 más gruesos que los de las demás, co-
 mo si fuesen cristales de cárcel que
 substituyesen hipócritamente a las re-
 jas.

— Ahí está don Eustaquio — se decían
 las gentes del pueblo al pasar frente
 a las ventanas de la casa de ladrillo,
 como si ensayasen su tacto como cie-
 gos que reconocen el camino por sus
 salientes.

Don Eustaquio amaba sobre todo los
 alfileres de sus ventanas y se rodea-
 ba de aquel marco de luz que había
 en ellas. Allí disfrutaba del pasaje de
 las almas vestidas, pues para él todo
 el pueblo era como impalpable conjun-
 to de espíritus que pasaban silenciosos
 camino de las casas del pan.

Don Eustaquio en la edad madura
 de los negocios se había comprometido
 en cantidades fabulosas para aquel
 pueblo pobre, en que todas las uzas
 estaban romachadas y troqueladas a
 machamartillo, no con ningún troquel
 y al por mayor.

Había arruinado a mucha gente del
 pueblo, y los arruinados, por no lle-
 varle a la cárcel le propusieron una
 reclusión perpetua en el fondo de un
 caserón. Él juró que cumpliría la sen-
 tencia y día tras día lleva cumplidos
 quince años de condena.

Muchos de los supervivientes son
 ya hijos de los arruinados, pero no le
 perdona la ruina que les causó — ¡lo
 que tendrían ellos si no hubiese sido
 por don Eustaquio! — y si le vieren
 en la calle lo abofetearían y le harían
 volver al encierro juramentado.

Don Eustaquio se sentía feliz porque
 se encontraba purgado de todo gran
 proyecto financiero, y tenía asegurado
 aquel refugio en el pueblo de sus amo-
 res, donde todas las horas tienen el
 color del pan.

Le amestraba todo en aquella so-
 ledad. Tenía amestrados sus pájaros,
 el perro, el gato, los criados, hasta a
 su hermana.

Don Eustaquio odiaba a aquellas
 gentes que lo tenían preso, pero no

perdía su buen carácter juguetón con
 los canarios de la luz, dichoso con acar-
 riciar una manzana que le parecía me-
 jilla de criatura.

Aquella cárcel que todos vigilaban
 daba color al pueblo y revelaba su
 egoísmo.

Era enseñada la casa de don Eusta-
 quio, como la casa del encerrado, del
 viejo recluso que se ponía viejo dul-
 cemente en aquella soledad, anisándo-
 se con el destierro último.

Aquel caballero setentón podía le-
 vantarse al pispaporte de su puerta pero
 no lo hacía porque si deseaba libertad
 salía a buscarla al patio claro en que
 sentía no poder retener ninguna nube,
 las nubes raudas que le daban el
 desecho de la vida algunos ratos.

En aquel patio en que brotaban er-
 guidas malvas reales, buscaba don
 Eustaquio el solecillo de la libertad y
 se dejaba fusilar por las horas pegado
 a la tapia de sol. Cabalgaba las la-
 gartijas y escondía telegramas de eva-
 sión bajo las alas de los pardales re-
 gordetes, la burguesía de los pájaros.

De vez en cuando le visitaba algún
 amigo que miraba mucho a la ventana
 como si se ahogase allí dentro y que
 no comprendía cómo podía estar ale-
 gre aquel hombre que vivía sólo de la
 delectación de los cristales y las por-
 celanas de su aparador, en que se per-
 dían los pasos del mundo.

El cura del pueblo se sentía satis-
 fecho al ir a ver a don Eustaquio, pues
 en aquel pueblo sin cárcel, aquel acto
 de darle confesión le hacía capellán
 de una cárcel impuesta.

Las mujeres iban a ver a la herma-
 na y con ese pretexto se asomaban al
 comedor de don Eustaquio, que se pa-
 scaba por él como en un día de lluvia
 que le hiciera fracasar su salida por
 el pueblo.

Don Eustaquio para agradecer las
 visitas daba a todo el mundo una co-
 rtila de moseatel y una pasta reciente.

Todos le encontraban muy bueno,
 como si hubieran temido encontrarle
 en los huesos, convertido en calavera
 del secuestro.

Todos hubieran querido encontrarse
 en vez de con aquel viejo jamacuca,
 con el viejo postrado, de débiles pa-
 labras, de sorda actitud.

Pero, a don Eustaquio le sentaba
 bien la confinación y resultaba como
 un pájaro cantor encerrado en una
 jaula.

— Si yo hubiera pillado esos fríos y
 esos aires que andan sueltos por ahí
 quizá me habría muerto ya.

A veces relataba las ventajas de su
 encerrona.

— No tengo que ir a los entierros.
 Estoy cumplido. Ni me pueden hacer
 concejal y así me salvan de muchas
 tentaciones.

El tenía la frase cáustica para cada
 acontecimiento y se le temía porque
 parecía haber ido concentrando sabiduría
 en aquella soledad.

— Miren — decía señalando sus estan-
 terías de libretos, — todos me los he
 leído dos veces.

Morriría en un caserón sin haber
 vuelto a gozar de las afueras del pue-
 blo, de aquel camino de sol que reali-
 zaba con un perro al lado y en el que
 no paraba hasta no contar los cuatro
 kilómetros que se tenía prevenidos, y
 ante cuyos cipos se paraba como si
 rezase una oración, como si fuesen ca-
 balleros de timba en vez de simples
 postes indicadores.

Sólo saldrá para el último viaje y
 ese día su ataúd fomarará un tipo op-
 timista, como si el muerto se solazase
 en su fondo, alegre en el fondo de ver-
 se libre y de recibir a través de la per-
 siana la caricia exquisita que tiene el
 sol para los dormidos.

EL CANAL DE CASTILLA
 El canal de Castilla es una aspira-
 ción eterna de su sequía. Todos pien-
 san en él como al tener sed se piensa
 en el cántaro del agua.

No se descubre por ninguna parte
 pero es ya una idea que ha hecho ca-
 mino, que por algún sitio se ha labra-
 do su cauce.

Al salir a pasear se piensa en el ca-
 nal de Castilla y se busca por los ca-
 minos. Las antiguas dotes de explora-
 dores que tienen los castellanos ador-
 mados y en desuso al haberse limita-
 do a su tierra escueta, se ejercitan en
 esa búsqueda del canal de Castilla.

Las tierras fulminantes, ardorosas,
 sembradas de trigo, que las reseca más,
 muchas en barbecho con tipo de tiazó
 que ni se deja la barba ni se afeita,
 desean su canal.

Es un mito que se presenta con la
 imaginación con un rumbo plateado,
 igual, con largo y recto pavimento de
 agua, con chopos pajareros a los lados.

Es como un acto de videncia, de su-
 fiar despiertos, de llevar las manos le-
 vantadas hacia algún ideal este acto
 de ver un canal que no existe, que no
 se extiende por en medio de los cam-
 pos y que, sin embargo, camina como
 un secreto del paisaje, como una es-
 peranza que es como cadena de plata
 de las imaginaciones.

Siempre se oyen discusiones que di-
 cen lo mismo.

— ¡Si pasase por aquí el canal de
 Castilla!

— ¡Si estuviese hecho el canal de
 Castilla!

Yo, para solventar esta sed ardoro-
 sa que esurge en cuanto el sol pica en
 los colodrillos, fundaría un diario que
 se titulase «El Canal de Castilla», con
 título destacado en esa letra gótica
 que forma la cenefa de los sepulcros.

«El Canal de Castilla», diario lite-
 rario, de información y con foiletines,
 llenos de ríos, manantiales y cascadas,
 sería el substitutivo a ese canal que
 no aparece por ningún lado, ni detrás
 de los sotos que se desembrujan con
 fe en que detrás de ellos va el regato
 copioso.

«El Canal de Castilla», periódico de
 gran circulación en la región, llevaría
 la ilusión del agua en esa fluencia de
 todos los días, por la cual todos los
 números de un diario enlazados pare-
 cen ríos de papel que además tienen
 la velocidad que los lleva al mar.

Ya que en la árida estepa no se
 puede encontrar el nacimiento de
 aguas que satisfaga de humedad al pa-
 pel secante de la tierra, creemos ese
 periódico sugestionador, refrescante,
 que podría estampar su influencia en
 la tierra sedienta.

Los prime...

Los antiguos gr...
 ciadores del arte...
 trucción de edifi...
 dos especialmente...
 primeros teatros...
 ción de los estad...
 vez de conservar...
 aquellos, adoptar...
 las líneas exterio...
 Con preferenci...
 las laderas de p...
 vaciones menore...
 jeto era el pod...
 superpuestas pa...
 de espectadores...
 mo en nuestros...
 football.

Más tarde...
 usar asientos...
 o excavados...
 flancos de las...
 blico sé edifi...
 queta y coro...
 la acústica pu...
 der, el teatro...
 co a poco, di...
 muro menciona...
 una construcci...
 resto. De esa...
 de terraza o...
 daderos actor...
 obras represen...

Los restos...
 Dyonisos (Ba...
 construídos a...
 que tenían tr...
 queta, lugar...
 cena. Del cen...
 ra llegar a la...
 forma que los...
 da y se entra...
 trechos call...
 esena y el...
 asientos, ten...
 ra apoyar lo...
 se, en el cu...
 nes traídos...
 raban antes...
 lo, pues est...
 su presencia...
 Los asien...
 escasos y e...
 mera fila...
 tes (miemb...
 las ciudades...
 tes; todos...
 centro, con...
 cía al sac...
 — si se pu...
 espectácul...

Jardín de Otoño

Es la bella estación de la melancolía,
 de las flores que mueren y las hojas que caen,
 de las tardes que vuelven tan lacónico el día
 y de las brisas gélidas que los recuerdos traen.

Es la estación madura de la filosofía
 en que las almas hacen el doloroso arco
 de los cien sinsabores que hay por cada alegría
 y las contradicciones para cada deseo.

El jardín, sin embargo, como si heroicamente
 cada árbol se esforzase, y hasta la misma fuente,
 parece que soñara con el nórdico abril...

Y tú, maravillosamente consoladora,
 tañes de la esperanza la cuerda soñadora
 y en cada flor que muere hay un germen de mil.

E. Carrasquilla-Mallarino.